VERANO

En mitad del océano abro los ojos y veo una ballena acercándose a mí, me despierto cuando abre su boca gigante para tragarme.

Es verano, finales de agosto por la tarde. Mientras nos bañamos pienso en este sueño recurrente. Hay veces que lo sueño cuatro veces por semana. Tu madre dice que me da miedo el mar, que no estoy acostumbrado a estar rodeado de agua por todas partes. Antes de dormir, repito varias veces en mi cabeza las palabras de tu madre. Lo que me da miedo es ahogarme.

Te digo que quiero ver el Drago de Icod una última vez, antes de volver juntos a la península. Subimos al coche y por el camino ponemos un CD con una recopilación de canciones de McEnroe, canciones que nos hacen estar tranquilos porque sus protagonistas son todavía más tristes que nosotros. Cuando pienso en ese árbol, recuerdo un fragmento de Thomas Wolfe de *Diario de una novela*, habla de los tres tiempos que existen: el de la literatura, el real y el de las montañas. El tiempo de las montañas está completamente alejado del literario y del real, de este modo, cuando publicó *Del tiempo y el río,* escenificó su teoría. Nosotros somos el río que bordea

la montaña, que ha permanecido y permanecerá ahí antes y después de que nos hayamos marchado. John Burnside escribe sobre la existencia de dos tiempos: el literario y el real. Creo que, en el fondo, omite el tercero porque él mismo se considera la montaña. Yo me considero el Drago, incluso he soñado que me convertía en él. Veía a muchas personas pasar, infinidad de conocidos me visitaban, también te veía a ti mirándome en la distancia fijamente, todos buscaban mi sombra, pero por las noches nadie se quedaba.

Drago Milenario de Icod de los Vinos

***

Llevamos tres años juntos. Estamos tumbados en una playa del norte de Tenerife. Pasamos una temporada en casa de tus padres apurando lo que falta del mes. Nos quedan un par de días para recorrer la isla en coche. Esta vez parece distinta. Conducimos muy rápido, la carretera es larga y afilada, como

una flecha negra que nos indica el camino que debemos seguir para no perdernos. No paramos en los pueblos para bañarnos, ni comentamos la posibilidad de mudarnos allí. Solo hacemos pequeñas paradas para comer. Regresar a los sitios que uno ama resulta agotador, un calvario, como el sol tras los primeros meses de verano, cuando ya no es bienvenido y se convierte en algo que debemos soportar. Conducimos muy rápido, con ganas de volver, aunque no sabemos exactamente a dónde. Hay lugares que no aparecen en los mapas porque no son una cuestión de espacio, sino de tiempo. Por muy rápido que vayamos nadie puede ayudarnos. Hace calor y nos falta el aire. Falta poco para creer en las señales. En aquel momento no me pareció relevante que la playa se llamara:

El Socorro

Por la mañana, desde la cocina de casa de tus padres, vemos el Teide a la hora del desayuno. Cada vez que subimos con el coche hasta allí pienso lo mismo, que deberían colgarnos en la frente un cartel parecido a las señales de aviso que hay en las carreteras de montaña, advirtiendo del riesgo inminente: *peligro de derrumbe, conduzca con precaución.*

Te pregunto si te gustaría que viviéramos juntos en este pueblo y te limitas a agarrarme la mano y señalar los pequeños árboles del jardín botánico, explicándome hasta dónde deben crecer.

***

Finales de agosto en el aeropuerto. Llevamos tres años viviendo juntos en Granada. Mientras esperamos en la cola de embarque, pienso en nuestra casa e imagino lo que estará ocurriendo ahora mismo allí. En los sitios siempre suceden cosas sin que nosotros lo sepamos. ¿Qué ocurre, por ejemplo, ahora en nuestro cuarto, en nuestra cocina, en nuestro salón? Imaginamos nuestra casa vacía, sin nosotros, pero no podemos contemplarla. ¿Existen verdaderamente esos espacios o solo reaparecen cuando volvemos a verlos? ¿Si dejáramos de ver una calle, desaparecería de golpe? ¿Desaparecen los objetos de nuestra casa una vez que cerramos la puerta? ¿Llueve en un bosque cuando nadie puede verlo? Las casas en las que hemos vivido en la distancia son como árboles que se levantan sobre el paisaje, *en vez de fantasmales,* en nuestra mente*, parecen lo bastante sólidas como para poder vislumbrarse, como si crecieran al saberse observadas,* como diría William H. Gass ¿Cuántas casas caben en una casa? El mismo espacio se transforma, se rompe, empieza de nuevo cada año con sus idas y venidas, como nosotros con las mudanzas. Las habitaciones hablan entre ellas, echando de menos a sus antiguos inquilinos, comparando sus costumbres y los sonidos que hacían, conocen a los mejores y a los peores, los momentos que repetirían y los que no. No es casualidad que haya que reformar una casa cada vez que alguien la deja, sus paredes se entristecen, se sienten abandonadas a su suerte, a solas con sus agujeros y el fregadero perdiendo agua, su piel se vuelve amarillenta como la nuestra con el paso del tiempo, *no devolví a mi casa su juventud, sino su edad*, escribe Gass, porque sabe que se echan a perder.